Introducción: Dios no ha abandonado al hombre

Hay una pregunta que atraviesa toda la historia de la humanidad: ¿qué ha hecho Dios para salvar al hombre?

Desde que el pecado entró en el mundo, el ser humano experimenta una profunda contradicción. Ha sido creado para el bien, pero se inclina hacia el mal; desea la felicidad, pero encuentra sufrimiento; anhela la eternidad, pero descubre que su existencia terrena está marcada por la muerte. En lo más profundo de su corazón reconoce que está llamado a algo más grande que la mera supervivencia, pero sus propias fuerzas no bastan para alcanzar aquello que verdaderamente necesita.

La fe cristiana ofrece una respuesta extraordinaria: Dios no ha abandonado al hombre a las consecuencias de su pecado. Ha salido a su encuentro para rescatarlo, reconciliarlo consigo y devolverle la vida sobrenatural que había perdido.

Esta iniciativa divina constituye lo que la teología católica denomina la obra salvífica de Dios. No se trata únicamente de la muerte de Jesucristo en la cruz, aunque esta sea su momento culminante. Es un designio eterno de amor que atraviesa toda la historia de la salvación: comienza en la creación, se manifiesta en la promesa hecha a nuestros primeros padres, se desarrolla a través de Israel, alcanza su plenitud en la Encarnación del Hijo de Dios y continúa realizándose en la Iglesia por la acción del Espíritu Santo, hasta su consumación al final de los tiempos.

La salvación no es, por tanto, una idea abstracta ni una simple enseñanza moral. Es una realidad sobrenatural que Dios ofrece gratuitamente al hombre: la posibilidad de participar de su propia vida divina por medio de Jesucristo.

Comprender esta verdad permite descubrir el verdadero sentido de la historia, de la Redención, de los sacramentos, de la vida cristiana y de la esperanza en la vida eterna.

1. La salvación comienza en el amor eterno de Dios

Para comprender la obra salvífica debemos comenzar por una verdad fundamental: Dios no creó al hombre porque necesitara algo de él.

Dios es eterno, perfecto, infinito y plenamente feliz en sí mismo. No necesita criaturas que completen su existencia ni depende de ellas para alcanzar su plenitud. La creación es un acto libre de su bondad.

El libro del Génesis presenta al ser humano como una criatura singular dentro del conjunto de la creación:

«Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y mujer los creó» (Génesis 1,27).

Esta afirmación constituye uno de los fundamentos de toda la antropología cristiana. El hombre no es un accidente de la materia ni un simple organismo destinado a desaparecer. Ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, dotado de inteligencia y voluntad, y llamado a vivir en comunión con su Creador.

El Catecismo de la Iglesia Católica explica que Dios creó al hombre para hacerlo partícipe de su vida bienaventurada (CIC, 1).

Aquí encontramos el origen último de la salvación: Dios quiere comunicar al hombre su propia felicidad y conducirlo a la comunión con Él.

La vida sobrenatural no es una conquista humana ni una recompensa que podamos exigir a Dios. Es un don gratuito que supera infinitamente las capacidades de nuestra naturaleza.

Santo Tomás de Aquino desarrolla esta distinción al explicar que la bienaventuranza sobrenatural consiste en la visión de la esencia divina, una realidad que excede las posibilidades naturales de cualquier criatura y que requiere la elevación por la gracia.

El hombre ha sido creado para Dios. Por eso, ninguna posesión, placer, reconocimiento social o éxito temporal puede satisfacer plenamente su corazón.

San Agustín expresó esta inquietud espiritual en una de las afirmaciones más conocidas de sus Confesiones: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (Confesiones, I, 1, 1).

La obra salvífica de Dios debe entenderse desde esta perspectiva: no consiste simplemente en evitar un castigo, sino en recuperar la comunión para la que fuimos creados.

2. El pecado: la ruptura de la comunión con Dios

Si Dios creó al hombre para participar de su vida, surge inevitablemente una pregunta: ¿por qué necesitamos ser salvados?

La respuesta se encuentra en el pecado.

El relato del Génesis presenta la caída de nuestros primeros padres como un acto de desobediencia y desconfianza hacia Dios. La serpiente introduce la sospecha de que el Creador no desea verdaderamente el bien del hombre y le propone una falsa autonomía: ser como Dios al margen de Dios.

«Seréis como Dios en el conocimiento del bien y del mal» (Génesis 3,5).

La tentación no consiste únicamente en comer un fruto prohibido. Su significado teológico es mucho más profundo: el hombre pretende determinar por sí mismo el bien y el mal, rechazando su condición de criatura y rompiendo la relación de obediencia amorosa con su Creador.

El pecado original introduce una herida profunda en la naturaleza humana.

El Catecismo enseña que, por el pecado de nuestros primeros padres, la naturaleza humana quedó herida en sus fuerzas naturales, sometida a la ignorancia, al sufrimiento, al dominio de la muerte e inclinada al pecado (CIC, 404-405).

Es importante comprender correctamente esta doctrina.

La Iglesia no enseña que el ser humano haya dejado de ser bueno por naturaleza ni que haya perdido completamente su libertad. Tampoco afirma que cada persona sea personalmente culpable del pecado cometido por Adán y Eva.

El pecado original es un estado transmitido por generación, no un acto cometido individualmente por cada ser humano. Supone la privación de la santidad y justicia originales, junto con una naturaleza humana herida.

Esta herida se manifiesta en nuestra experiencia cotidiana.

Sabemos que debemos perdonar, pero muchas veces alimentamos el resentimiento. Reconocemos la verdad, pero podemos preferir la mentira cuando nos beneficia. Deseamos amar, pero nuestro egoísmo nos encierra en nosotros mismos.

La inteligencia conserva su capacidad de conocer la verdad, aunque puede equivocarse. La voluntad sigue siendo libre, aunque experimenta dificultades para elegir el bien. Los afectos pueden orientarnos hacia cosas buenas, pero también pueden desordenarse.

El drama del hombre no consiste solamente en que comete pecados, sino en que necesita una gracia que no puede darse a sí mismo.

San Pablo describe esta contradicción en la Carta a los Romanos:

«No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero» (Romanos 7,19).

El pecado ha introducido una separación entre el hombre y Dios que el propio hombre no puede reparar por sus solas fuerzas.

Sin embargo, precisamente cuando la humanidad descubre su incapacidad para salvarse, comienza a manifestarse con mayor claridad la misericordia divina.

3. La promesa de salvación: Dios no abandona a la humanidad

Inmediatamente después de la caída aparece una promesa.

En el relato del Génesis, Dios anuncia a la serpiente que existirá enemistad entre ella y la mujer, entre su descendencia y la descendencia de esta:

«Pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; esta te aplastará la cabeza cuando tú la hieras en el talón» (Génesis 3,15).

Este versículo recibe tradicionalmente el nombre de Protoevangelio, es decir, primer anuncio del Evangelio.

La tradición cristiana ha reconocido en estas palabras un anuncio inicial de la victoria de Cristo sobre el pecado y el poder del demonio, así como una referencia tipológica a la mujer asociada a la obra redentora de su Hijo: la Virgen María.

La interpretación cristológica y mariana de este pasaje se comprende plenamente a la luz de la revelación posterior. No debe confundirse con una descripción explícita y completa de todos los acontecimientos futuros, sino con una promesa cuyo significado se desarrolla progresivamente en la historia de la salvación.

Lo verdaderamente extraordinario es que Dios no responde al pecado abandonando a sus criaturas.

El hombre se esconde, pero Dios lo busca. El hombre desobedece, pero Dios promete una victoria. El hombre introduce la muerte, pero Dios prepara el camino hacia la vida.

Esta iniciativa revela un aspecto esencial de la fe católica: la salvación nace de Dios, no del esfuerzo humano por alcanzar a Dios.

La historia de la salvación será, desde ese momento, la historia de una misericordia que prepara pacientemente la llegada del Redentor.

4. La historia de la salvación: Dios prepara a su pueblo

La obra salvífica de Dios no aparece repentinamente con el nacimiento de Jesucristo. El Antiguo Testamento constituye una larga preparación para la llegada del Salvador.

Dios establece alianzas, llama a hombres concretos, forma un pueblo y transmite progresivamente sus promesas.

Cada etapa revela una dimensión del designio divino.

Abraham: la promesa de una bendición universal

En el libro del Génesis encontramos la llamada de Abraham.

Dios le pide que abandone su tierra y su parentela y que se dirija hacia la tierra que Él le mostrará. A cambio, le promete convertirlo en padre de un gran pueblo y hacer de él una bendición para todas las familias de la tierra.

«En ti serán benditas todas las familias de la tierra» (Génesis 12,3).

Esta promesa tiene una importancia decisiva.

La elección de Abraham no significa que Dios quiera salvar exclusivamente a un pueblo determinado. Israel recibe una misión dentro de un designio universal: preparar la llegada de aquel por quien la bendición alcanzará a todas las naciones.

San Pablo, en la Carta a los Gálatas, identifica en Cristo el cumplimiento de esta promesa (Gálatas 3,8.16).

La elección de Abraham muestra que Dios interviene en la historia y llama a personas concretas para colaborar libremente en su plan.

Moisés y el Éxodo: la liberación de la esclavitud

Otro acontecimiento fundamental es la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto.

El libro del Éxodo relata cómo Dios escucha el clamor de su pueblo, llama a Moisés y lo envía para conducirlo hacia la libertad.

«He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra los opresores; conozco sus sufrimientos» (Éxodo 3,7).

El Éxodo constituye uno de los grandes acontecimientos fundacionales de Israel.

La liberación de Egipto posee un significado histórico y religioso propio, pero también adquiere una dimensión tipológica dentro de la tradición cristiana.

La esclavitud de Egipto puede contemplarse como figura de la esclavitud del pecado, mientras que el paso hacia la libertad anticipa, de manera imperfecta y preparatoria, la liberación definitiva que Cristo realizará.

La Pascua judía, con el sacrificio del cordero y el paso de la esclavitud a la libertad, prepara también la comprensión cristiana de Jesucristo como Cordero de Dios.

No es casualidad que el Nuevo Testamento presente la muerte de Cristo en relación con la Pascua.

David y la promesa del Reino

La historia de la salvación continúa con la monarquía de Israel y adquiere especial importancia con el rey David.

Dios establece con él una alianza y promete que su casa y su reino permanecerán (2 Samuel 7,12-16).

Esta promesa alimentará la esperanza mesiánica del pueblo de Israel.

Los profetas anunciarán la llegada de un descendiente de David que ejercerá un reinado caracterizado por la justicia, la paz y la fidelidad a Dios.

Isaías proclama:

«Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado: lleva a hombros el principado, y es su nombre: “Maravilla de Consejero, Dios fuerte, Padre de eternidad, Príncipe de la paz”» (Isaías 9,5).

La esperanza de Israel comienza a concentrarse en la figura del Mesías, el Ungido de Dios.

Los profetas: la esperanza de una alianza nueva

Los profetas no se limitaron a anunciar acontecimientos futuros. También denunciaron la infidelidad del pueblo, la injusticia, la idolatría y la corrupción religiosa.

Su mensaje recuerda constantemente que la relación con Dios no puede reducirse a prácticas exteriores.

El profeta Jeremías anuncia una alianza nueva:

«Pondré mi ley en su interior y la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (Jeremías 31,33).

Ezequiel anuncia también una renovación interior:

«Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo» (Ezequiel 36,26).

Estas promesas preparan la comprensión de la gracia y de la acción del Espíritu Santo.

La salvación no consistirá únicamente en una liberación exterior, sino en una transformación profunda del corazón humano.

El hombre necesita ser perdonado, pero también necesita ser renovado.

5. La Encarnación: Dios entra en nuestra historia para salvarnos

La plenitud de la obra salvífica llega con la Encarnación del Hijo de Dios.

El acontecimiento central de toda la historia humana no es una conquista militar, una revolución política ni un descubrimiento científico. Es el momento en que el Verbo eterno de Dios asume nuestra naturaleza humana.

San Juan lo expresa con una afirmación de extraordinaria profundidad:

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Juan 1,14).

El Hijo de Dios no se limita a enviar un mensaje desde el cielo. No se presenta únicamente como un profeta más ni como un maestro de sabiduría. Se hace verdaderamente hombre sin dejar de ser verdaderamente Dios.

Esta es la doctrina de la Encarnación.

El Concilio de Calcedonia, celebrado en el año 451, confesó que Jesucristo es una sola Persona en dos naturalezas, divina y humana, sin confusión, sin cambio, sin división y sin separación.

La importancia salvífica de esta verdad es inmensa.

Jesucristo puede representar verdaderamente a la humanidad porque posee una naturaleza humana completa. Y puede reconciliarnos con Dios porque es el Hijo eterno, consustancial al Padre.

El Catecismo explica que el Verbo se encarnó para salvarnos reconciliándonos con Dios, para que conociésemos el amor divino, para ser nuestro modelo de santidad y para hacernos partícipes de la naturaleza divina (CIC, 457-460).

La Encarnación revela que Dios no salva al hombre despreciando su humanidad.

Asume nuestra condición, entra en nuestra historia, experimenta el cansancio, el hambre, el sufrimiento y la muerte, excepto el pecado.

Nace de la Virgen María, vive en una familia, trabaja, reza, predica, llama a sus discípulos y anuncia el Reino de Dios.

La salvación comienza a manifestarse de manera visible en la persona de Jesucristo.

Por eso, el cristianismo no puede reducirse a un conjunto de valores morales, una filosofía de vida o una propuesta de convivencia social.

Su centro es una Persona: Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, único Salvador de la humanidad.

6. La Cruz: el sacrificio redentor que vence al pecado

Si la Encarnación constituye el comienzo de la presencia histórica del Redentor, la Cruz representa el acontecimiento culminante de su misión terrena.

Jesucristo no vino solamente a enseñar cómo debemos comportarnos. Vino a entregar su vida por nuestra salvación.

La muerte de Cristo no fue un accidente inesperado ni el fracaso de su predicación. Formaba parte de su misión redentora, libremente aceptada en obediencia al Padre.

El propio Jesús anuncia su entrega:

«El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos» (Marcos 10,45).

Esta afirmación ilumina el sentido profundo de la Pasión.

El pecado es una ofensa contra Dios y una ruptura de la comunión con Él. El hombre, por sí mismo, no puede reparar adecuadamente esta ruptura. Pero Jesucristo, verdadero hombre y verdadero Dios, ofrece al Padre un acto de obediencia y amor de valor infinito.

Su sacrificio es único, perfecto y suficiente.

El Catecismo enseña que la muerte de Cristo es a la vez el sacrificio pascual que lleva a cabo la redención definitiva de los hombres y el sacrificio de la nueva alianza que restablece la comunión entre Dios y los hombres (CIC, 613).

Cristo, el nuevo Adán

San Pablo establece una comparación fundamental entre Adán y Cristo.

Por el pecado de un hombre entró la muerte en el mundo; por la obediencia de uno solo llega la justificación y la vida.

«Así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos» (Romanos 5,19).

Cristo es presentado como el nuevo Adán.

Donde el primer Adán desobedeció, Cristo obedece. Donde el primer hombre quiso alcanzar la grandeza al margen de Dios, Cristo se humilla hasta aceptar la muerte de cruz.

Esta comparación permite comprender la profundidad de la Redención.

Jesús no es simplemente un inocente que sufre injustamente. Es el Hijo de Dios que, por amor, asume libremente las consecuencias del pecado humano para abrirnos el camino de la reconciliación.

La satisfacción y el sacrificio de Cristo

La teología católica ha desarrollado diferentes aspectos de la obra redentora.

San Anselmo de Canterbury, en su tratado Cur Deus Homo, reflexionó sobre la necesidad de la Encarnación y la satisfacción ofrecida por Cristo.

Santo Tomás de Aquino profundizó en esta cuestión, explicando que la Pasión de Cristo puede considerarse causa de nuestra salvación por su mérito, satisfacción, sacrificio, redención y eficacia ejemplar (Suma Teológica, III, cuestión 48).

Estas dimensiones no son teorías rivales, sino perspectivas complementarias para comprender un mismo misterio.

Cristo satisface por nuestros pecados mediante su entrega amorosa, ofrece el sacrificio perfecto al Padre, nos rescata de la esclavitud del pecado y nos muestra el camino de la obediencia.

La Cruz revela simultáneamente la gravedad del pecado y la inmensidad del amor de Dios.

No existe una demostración más profunda de cuánto destruye el pecado que la Pasión de Cristo, ni una manifestación más extraordinaria de la misericordia divina que el sacrificio del Calvario.

7. La Resurrección: la victoria definitiva sobre la muerte

La obra salvífica no termina en el Viernes Santo.

Si Jesucristo hubiese permanecido en el sepulcro, su muerte no habría sido la victoria definitiva que anuncia el Evangelio.

El cristianismo proclama un acontecimiento histórico y sobrenatural fundamental: Jesucristo resucitó verdaderamente de entre los muertos.

San Pablo lo expresa con absoluta claridad:

«Y si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe» (1 Corintios 15,14).

La Resurrección no es una metáfora de la supervivencia de las ideas de Jesús, ni una manera simbólica de expresar que su mensaje continúa vivo.

La fe católica afirma que Cristo resucitó corporalmente, que su cuerpo fue transformado y que entró en una condición gloriosa que supera las posibilidades de la vida terrena.

Los Evangelios presentan el sepulcro vacío y las apariciones del Resucitado a sus discípulos. San Pablo recoge también una antigua tradición sobre las apariciones de Cristo, entre ellas la que menciona a Cefas, a los Doce y a numerosos hermanos (1 Corintios 15,3-8).

La Resurrección confirma la identidad divina de Jesucristo, manifiesta la victoria sobre el pecado y la muerte y constituye el fundamento de nuestra esperanza.

San Pablo explica:

«Cristo resucitó de entre los muertos como primicia de los que han muerto» (1 Corintios 15,20).

La expresión primicia resulta especialmente significativa.

La Resurrección de Jesús no es un acontecimiento aislado, sino el comienzo de la nueva creación. Lo que ha sucedido en Cristo está destinado a alcanzar a quienes le pertenecen.

La salvación cristiana no consiste en escapar definitivamente del cuerpo para vivir como espíritus incorpóreos. La esperanza católica incluye la resurrección de la carne.

El Credo proclama precisamente:

«Creo en la resurrección de la carne y la vida eterna».

La muerte no tendrá la última palabra.

8. La Ascensión y Pentecostés: Cristo continúa su obra en la Iglesia

Después de su Resurrección, Jesucristo se apareció a sus discípulos y los instruyó acerca del Reino de Dios.

Finalmente ascendió al cielo.

La Ascensión no significa que Cristo haya abandonado a la humanidad ni que haya dejado de actuar en la historia.

Significa su entrada definitiva, también en cuanto hombre, en la gloria del Padre. Su humanidad glorificada participa de la gloria divina y permanece unida para siempre a su Persona.

El Catecismo enseña que Jesucristo, cabeza de la Iglesia, nos precede en el Reino glorioso del Padre para que nosotros, miembros de su Cuerpo, vivamos con la esperanza de estar un día con Él (CIC, 659-667).

Antes de ascender, Jesús confía a sus discípulos una misión:

«Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mateo 28,19).

La Iglesia recibe así el mandato de anunciar el Evangelio y hacer llegar a todos los hombres los frutos de la Redención.

Pero esta misión no puede realizarse exclusivamente mediante capacidades humanas.

Por eso, Cristo promete el envío del Espíritu Santo.

En Pentecostés, el Espíritu desciende sobre los apóstoles y los fortalece para anunciar públicamente la Resurrección del Señor.

El libro de los Hechos de los Apóstoles presenta este acontecimiento como el comienzo de una nueva etapa en la historia de la salvación.

La Iglesia nace públicamente como comunidad misionera, dotada de los dones necesarios para continuar la misión de Cristo.

El Espíritu Santo no sustituye a Jesucristo ni inaugura una salvación diferente. Hace presente y eficaz la obra del Hijo en la vida de los creyentes.

La misión de la Iglesia consiste precisamente en anunciar, celebrar y comunicar la salvación realizada por Cristo.

9. La Iglesia: instrumento de la salvación de Cristo

Una de las verdades fundamentales de la eclesiología católica es que la Iglesia está íntimamente unida a Jesucristo y participa de su misión salvadora.

No es una institución inventada simplemente para organizar a los creyentes ni una asociación religiosa creada por iniciativa humana.

Cristo quiso fundar la Iglesia y la constituyó como su Cuerpo místico.

San Pablo desarrolla ampliamente esta imagen en sus cartas. Los cristianos son miembros de un mismo cuerpo cuya cabeza es Cristo (1 Corintios 12,12-27; Colosenses 1,18).

El Concilio Vaticano II, en la constitución dogmática Lumen gentium, enseña que la Iglesia es en Cristo como un sacramento, es decir, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (LG, 1).

Esta afirmación permite comprender por qué la Iglesia no puede separarse de la obra salvífica.

Cristo es el único Mediador y Salvador. La Iglesia no añade una redención distinta a la suya, sino que recibe de Él la misión y los medios para comunicarla.

La Iglesia es santa por su origen, sus dones y su unión con Cristo, aunque sus miembros, incluidos sus ministros, necesitan constantemente conversión y purificación.

Por eso, los pecados de los cristianos no deben confundirse con la santidad de Cristo ni utilizarse para negar la naturaleza sobrenatural de la Iglesia.

Al mismo tiempo, la santidad de la Iglesia no puede convertirse en excusa para ocultar los pecados de sus miembros. La verdad exige reconocer las faltas, pedir perdón, reparar el daño y trabajar por una auténtica renovación espiritual.

La Iglesia es santa y necesita purificación porque está formada por hombres y mujeres que

todavía peregrinan hacia la plenitud de la salvación.

Su misión no es ofrecer una versión adaptada del Evangelio a las expectativas de cada época, sino transmitir fielmente lo que ha recibido de su Señor.

10. Los sacramentos: los medios ordinarios por los que recibimos la gracia

La salvación realizada por Cristo no permanece como un acontecimiento lejano del pasado.

Dios ha querido comunicar sus frutos a los hombres mediante signos visibles que producen la gracia que significan: los sacramentos.

El Catecismo define los sacramentos como signos eficaces de la gracia, instituidos por Cristo y confiados a la Iglesia, por los cuales nos es dispensada la vida divina (CIC, 1131).

Son siete:

- Bautismo.
- Confirmación.
- Eucaristía.
- Penitencia o Reconciliación.
- Unción de los enfermos.
- Orden sacerdotal.
- Matrimonio.

Cada uno posee una finalidad específica dentro de la vida cristiana.

El Bautismo: el nacimiento a la vida sobrenatural

El Bautismo es la puerta de entrada a la vida sacramental.

Mediante él, el hombre queda liberado del pecado, renace como hijo adoptivo de Dios, se incorpora a Cristo y pasa a formar parte de la Iglesia.

Jesús mismo enseña:

«El que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el reino de Dios» (Juan 3,5).

La Iglesia bautiza también a los niños porque la salvación es un don gratuito que no depende de los méritos personales del receptor.

El Bautismo imprime un carácter sacramental que permanece para siempre y no puede repetirse.

La Confirmación: la fortaleza del Espíritu Santo

La Confirmación perfecciona la gracia bautismal y fortalece al cristiano mediante una efusión especial del Espíritu Santo.

Capacita para dar testimonio de Cristo y defender la fe con mayor firmeza.

No es simplemente una ceremonia de madurez social o una decisión simbólica de pertenecer a la Iglesia.

Es un verdadero sacramento que comunica la gracia divina.

La Eucaristía: el sacrificio y alimento de nuestra salvación

La Eucaristía ocupa un lugar central en la vida de la Iglesia.

En ella se hace sacramentalmente presente el sacrificio de Cristo, ofrecido una vez para siempre en el Calvario.

La Misa no repite la crucifixión ni añade un nuevo sacrificio al de Cristo. Hace presente sacramentalmente el único sacrificio redentor.

El Concilio de Trento enseñó esta doctrina frente a las controversias surgidas durante la Reforma protestante, afirmando la identidad de la víctima y del oferente principal entre el sacrificio de la Cruz y el sacrificio eucarístico, aunque difiere el modo de ofrecerse.

En la Eucaristía recibimos verdaderamente el Cuerpo y la Sangre de Cristo bajo las especies del pan y del vino.

Jesús había anunciado:

«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre» (Juan 6,51).

La Eucaristía alimenta la vida sobrenatural, fortalece la caridad y une al creyente más profundamente con Cristo.

No es un simple recuerdo comunitario ni un símbolo vacío. Es el sacramento de la presencia real de Nuestro Señor.

La Penitencia: la misericordia que restaura al pecador

El pecado cometido después del Bautismo puede destruir o debilitar gravemente la vida de la gracia.

Pero Cristo ha querido ofrecer a los bautizados una vía sacramental de reconciliación.

Después de su Resurrección, dijo a los apóstoles:

«A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Juan 20,23).

La Iglesia reconoce en estas palabras la institución del sacramento de la Penitencia.

Mediante la confesión sincera de los pecados, la contrición, el propósito de enmienda y la absolución sacramental, el pecador recibe el perdón de Dios y la reconciliación con la Iglesia.

La confesión no es una práctica humillante, sino un encuentro con la misericordia divina que exige sinceridad y conversión.

Los demás sacramentos también participan de esta obra de santificación, acompañando al cristiano en las diferentes circunstancias y vocaciones de su existencia.

Por medio de los sacramentos, la salvación realizada históricamente por Cristo se comunica realmente a los hombres de todos los tiempos.

11. La gracia: Dios transforma al hombre desde dentro

Uno de los conceptos más importantes para comprender la obra salvífica es el de la gracia.

La gracia no es una simple emoción religiosa, un sentimiento de consuelo ni una ayuda psicológica.

Es un don sobrenatural y gratuito por el que Dios nos hace participar de su vida divina.

El Catecismo distingue diferentes formas de gracia, especialmente la gracia habitual o santificante y las gracias actuales (CIC, 1996-2005).

La gracia santificante

La gracia santificante es un don estable que perfecciona el alma y la hace participar de la vida sobrenatural.

Por ella somos elevados a la condición de hijos adoptivos de Dios.

San Pedro utiliza una expresión de enorme profundidad teológica:

«Para que lleguéis a ser partícipes de la naturaleza divina» (2 Pedro 1,4).

Esta participación no significa que el hombre se convierta en Dios por naturaleza ni que desaparezca la distinción entre el Creador y la criatura.

Significa que Dios nos comunica gratuitamente una participación real en su vida, elevando nuestra naturaleza por encima de sus posibilidades naturales.

Los Padres griegos desarrollaron ampliamente esta doctrina bajo el concepto de theosis o divinización.

San Atanasio de Alejandría, en su obra Sobre la Encarnación del Verbo, explica la finalidad de la Encarnación en relación con la participación humana en la vida divina.

Esta doctrina constituye una de las expresiones más hermosas de la tradición cristiana: Dios se hace hombre para que el hombre, por la gracia, participe de su vida.

Las gracias actuales

Las gracias actuales son ayudas sobrenaturales que Dios concede para iluminar la inteligencia y fortalecer la voluntad en orden a realizar el bien y alcanzar la salvación.

Una inspiración para abandonar un pecado, la fuerza para perdonar, la decisión de acudir a confesarse o la perseverancia en la oración pueden ser ocasiones en las que la gracia actual actúa en la vida del cristiano.

La gracia no destruye la libertad.

Dios no transforma al hombre en un instrumento pasivo ni le impone mecánicamente el bien. Lo mueve respetando su naturaleza racional y su libertad.

Por eso, la vida cristiana exige una respuesta personal.

12. La fe y las obras: ¿qué papel tiene nuestra libertad en la salvación?

Este es uno de los temas más importantes y, al mismo tiempo, más frecuentemente malinterpretados.

¿Nos salva Dios gratuitamente o necesitamos realizar buenas obras?

La respuesta católica evita dos errores opuestos.

El primero consiste en pensar que el hombre puede salvarse por sus propias fuerzas, acumulando méritos naturales hasta alcanzar la vida eterna.

El segundo consiste en creer que la gracia convierte en innecesaria cualquier colaboración humana y que las obras carecen de importancia.

La doctrina católica afirma que la salvación es un don gratuito de Dios, recibido por la gracia mediante la fe, y que esa fe está llamada a actuar por la caridad.

San Pablo escribe:

«Habéis sido salvados gratuitamente por la fe. Y esto no viene de vosotros, es don de Dios» (Efesios 2,8).

Pero el mismo apóstol añade inmediatamente:

«Somos, pues, obra suya. Dios nos ha creado en Cristo Jesús para que nos dediquemos a las buenas obras» (Efesios 2,10).

Ambos versículos deben leerse conjuntamente.

Las buenas obras no son la causa inicial de nuestra justificación. Son fruto de la gracia y expresión de una fe viva.

Santiago lo explica con una afirmación contundente:

«La fe: si no tiene obras, está muerta por dentro» (Santiago 2,17).

No existe contradicción entre Pablo y Santiago.

Pablo combate la pretensión de alcanzar la salvación mediante las obras de la Ley consideradas como fundamento de la justificación, mientras que Santiago denuncia una fe meramente verbal que no transforma la conducta.

La fe auténtica produce caridad.

El Concilio de Trento, en su decreto sobre la justificación, enseñó que el comienzo de la salvación procede de la gracia de Dios, que la justificación no se obtiene por méritos anteriores y que el hombre, movido por la gracia, puede cooperar libremente con ella.

Esta cooperación no significa que Dios y el hombre sean dos causas independientes que aportan partes iguales a la salvación.

Dios es siempre el origen de la gracia y quien hace posible nuestra respuesta.

Incluso nuestros méritos sobrenaturales son posibles porque Dios actúa primero en nosotros.

El Catecismo explica que la iniciativa pertenece a Dios en el orden de la gracia, pero exige la respuesta libre del hombre (CIC, 2001-2002).

La vida cristiana es, por tanto, una colaboración entre la gracia divina y la libertad humana, en la que la primacía pertenece siempre a Dios.

13. La Virgen María en la obra salvífica de Dios

Ninguna reflexión sobre la historia de la salvación estaría completa sin contemplar el lugar singular de la Santísima Virgen María.

Dios quiso que la Encarnación de su Hijo se realizara con el consentimiento libre de una mujer.

En el Evangelio de San Lucas encontramos el anuncio del ángel Gabriel y la respuesta de María:

«He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lucas 1,38).

Este consentimiento constituye un momento fundamental de la historia de la salvación.

María no es la causa de la Redención ni una mediadora independiente de Cristo. Jesucristo es el único Redentor y Mediador entre Dios y los hombres.

Sin embargo, Dios quiso asociar de manera singular a María a la obra de su Hijo.

El Concilio Vaticano II, en Lumen gentium, dedica un capítulo completo a la Santísima Virgen y explica su cooperación maternal en la obra del Salvador (LG, 52-69).

María coopera mediante su fe, su obediencia y su unión con Cristo.

Su participación no disminuye la mediación única de Jesucristo, sino que depende completamente de ella y manifiesta su eficacia.

La tradición cristiana ha establecido una comparación entre Eva y María.

Eva, mediante su desobediencia, participa en la caída de la humanidad; María, mediante su obediencia, acoge al Salvador.

San Ireneo de Lyon desarrolló esta relación en su obra Contra las herejías, presentando la obediencia de María como una correspondencia con la desobediencia de Eva.

Por eso, la tradición la contempla como la nueva Eva.

Al pie de la Cruz, María permanece unida a su Hijo en el momento culminante de su sacrificio.

Su presencia manifiesta una fidelidad que no desaparece ante el sufrimiento.

Para el cristiano, María es también modelo de acogida de la gracia.

Su vida enseña que la santidad no consiste en imponerse a Dios, sino en abandonarse confiadamente a su voluntad.

14. La dimensión universal de la salvación: Cristo ha venido

para todos

La obra salvífica de Dios tiene una dimensión universal.

Cristo no vino únicamente para un pueblo, una cultura o una época histórica.

Su sacrificio redentor posee una universalidad que alcanza a toda la humanidad.

San Pablo afirma:

«Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Timoteo 2,4).

Esta voluntad salvífica universal no significa que todos los hombres se salven automáticamente, independientemente de sus decisiones y de su relación con Dios.

La Iglesia enseña que Dios ofrece a todos la posibilidad de participar, de un modo conocido por Él, en el misterio pascual de Cristo.

El Concilio Vaticano II afirma en Gaudium et spes que Cristo murió por todos y que la vocación última del hombre es realmente una sola, la divina (GS, 22).

Esta enseñanza permite comprender la relación entre la necesidad de Cristo y la salvación de quienes no conocen explícitamente el Evangelio.

La Iglesia proclama que Jesucristo es el único Salvador y que la plenitud de los medios de salvación se encuentra en ella.

Al mismo tiempo, reconoce que Dios puede conducir hacia la salvación a personas que, sin culpa propia, desconocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, siempre que busquen sinceramente a Dios y, bajo el influjo de la gracia, se esfuercen por cumplir su voluntad conocida mediante el dictamen de la conciencia.

Esta posibilidad no significa que todas las religiones sean equivalentes ni que la verdad revelada resulte indiferente.

Tampoco convierte en innecesaria la evangelización.

Al contrario, la universalidad de la voluntad salvífica de Dios constituye una razón fundamental para anunciar el Evangelio a todos los pueblos.

La Iglesia no evangeliza porque desprecie a quienes todavía no conocen a Cristo, sino porque sabe que en Él se encuentra la plenitud de la verdad y de la vida.

15. La salvación y la vida eterna: el destino último del hombre

La obra salvífica de Dios no termina con la muerte física.

Su finalidad es conducir al hombre a la comunión eterna con Dios.

El cristianismo no considera la vida terrena como una realidad absurda que deba soportarse hasta desaparecer. La contempla como el tiempo de peregrinación durante el cual recibimos la gracia, respondemos a Dios y nos preparamos para la vida eterna.

Jesús promete:

«En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho, porque voy a prepararos un lugar» (Juan 14,2).

La vida eterna no es simplemente una existencia interminable.

Consiste fundamentalmente en la participación plena en la bienaventuranza de Dios.

La teología católica denomina visión beatífica a la contemplación directa de Dios por parte de los bienaventurados.

El Catecismo enseña que quienes mueren en la gracia y amistad de Dios y están perfectamente purificados viven para siempre con Cristo y son semejantes a Dios, porque lo ven tal cual es (CIC, 1023-1029).

El juicio particular

La Iglesia enseña que, inmediatamente después de la muerte, cada persona recibe en su alma inmortal su retribución eterna en un juicio particular.

Este juicio determina su relación definitiva con Dios: la entrada inmediata en la bienaventuranza del cielo, eventualmente después de una purificación, o la condenación eterna.

No se trata de una sentencia arbitraria, sino de la manifestación de la verdad de nuestra vida ante Dios.

El purgatorio

Quienes mueren en la gracia y amistad de Dios, pero todavía necesitan purificación, pueden alcanzarla mediante el purgatorio.

El purgatorio no es una segunda oportunidad para quienes han rechazado definitivamente a Dios.

Es una purificación final de los elegidos que ya tienen asegurada su salvación.

La doctrina católica enseña que las almas del purgatorio están destinadas al cielo, aunque necesitan ser purificadas antes de entrar en la plena comunión con Dios.

Por eso, la Iglesia ofrece sufragios por los difuntos, especialmente el sacrificio eucarístico, las oraciones y las obras de caridad.

El infierno

La existencia del infierno constituye una enseñanza seria de la fe católica.

Jesús mismo advierte repetidamente sobre la posibilidad de la condenación.

El infierno consiste en la separación eterna de Dios, consecuencia de morir en pecado mortal sin arrepentimiento y sin acoger la misericordia divina.

No debe presentarse como una amenaza inventada para controlar a las personas, sino como una realidad vinculada a la gravedad del pecado y al respeto que Dios tiene por la libertad humana.

La Iglesia enseña que Dios quiere la salvación de todos, pero no fuerza a nadie a aceptar su amor.

La resurrección final

La esperanza cristiana culminará con la resurrección de los cuerpos y la consumación de todas las cosas en Cristo.

La humanidad no está destinada a permanecer para siempre en un estado de separación entre cuerpo y alma.

Dios llevará a plenitud su obra creadora y redentora.

El Apocalipsis expresa esta esperanza mediante la visión de un cielo nuevo y una tierra nueva:

«Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto ni dolor» (Apocalipsis 21,4).

Este es el horizonte definitivo de la obra salvífica: una creación renovada y la comunión eterna de los redimidos con Dios.

16. La obra salvífica de Dios ante los desafíos del mundo actual

Hablar hoy de salvación puede parecer extraño en una sociedad que ha desarrollado una enorme confianza en sus capacidades científicas, tecnológicas y económicas.

El hombre contemporáneo dispone de instrumentos que generaciones anteriores difícilmente habrían podido imaginar.

Puede comunicarse instantáneamente con personas que se encuentran a miles de kilómetros, prolongar la esperanza de vida, acceder a cantidades inmensas de información y transformar su entorno mediante la ciencia.

Sin embargo, el progreso técnico no ha eliminado las preguntas fundamentales de la existencia.

Seguimos experimentando la muerte, el sufrimiento, la soledad, la injusticia, el miedo y la incapacidad de amar perfectamente.

La tecnología puede facilitar la comunicación, pero no garantiza la comunión entre las personas. La medicina puede combatir numerosas enfermedades, pero no puede abolir definitivamente la muerte. El bienestar material puede mejorar las condiciones de vida, pero no proporciona por sí mismo la felicidad eterna.

El hombre puede transformar muchas cosas a su alrededor, pero no puede redimirse a sí mismo.

Esta afirmación no pretende despreciar los avances humanos. La Iglesia reconoce la

legitimidad de la ciencia, de la cultura, del trabajo y del progreso cuando están orientados al verdadero bien de la persona.

El problema aparece cuando el hombre convierte sus capacidades en una especie de salvación alternativa.

Cuando la salvación se confunde con el bienestar

Una de las tentaciones de nuestro tiempo consiste en reducir la salvación a alcanzar una vida cómoda, saludable y emocionalmente satisfactoria.

La religión puede terminar convirtiéndose en un instrumento para sentirse bien, evitar preocupaciones o conseguir determinados resultados personales.

Pero Jesucristo no prometió una existencia libre de sufrimientos.

Enseñó a tomar la cruz y seguirlo:

«El que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga» (Mateo 16,24).

La vida cristiana no consiste en eliminar toda dificultad, sino en aprender a vivirla unidos a Cristo.

El sufrimiento no es bueno en sí mismo ni debe buscarse por sí solo. Sin embargo, unido a la Pasión del Señor, puede adquirir un significado sobrenatural y convertirse en ocasión de crecimiento espiritual.

Cuando el cristianismo se reduce a una moral humana

Otra dificultad consiste en presentar el cristianismo exclusivamente como una propuesta ética.

Es evidente que el Evangelio contiene enseñanzas morales fundamentales: amar al prójimo, perdonar, practicar la justicia, defender al débil y vivir la caridad.

Pero estas exigencias no constituyen por sí solas la totalidad del cristianismo.

Si eliminamos la Encarnación, la Cruz, la Resurrección, la gracia y los sacramentos, terminamos reduciendo la fe a una filosofía moral que podría existir sin necesidad de

Jesucristo.

La obra salvífica nos recuerda que el cristianismo no consiste únicamente en intentar ser mejores personas.

Consiste en recibir una vida nueva de Dios y permitir que esa vida transforme nuestra inteligencia, nuestra voluntad, nuestros afectos y nuestras acciones.

Cuando se pierde la conciencia del pecado

La cultura contemporánea tiende a interpretar muchos comportamientos exclusivamente desde perspectivas psicológicas, sociales o culturales.

Estas perspectivas pueden aportar conocimientos valiosos, pero no sustituyen la dimensión moral y espiritual de la persona.

Si desaparece la conciencia del pecado, también se debilita la comprensión de la necesidad de la Redención.

Quien considera que no necesita ser perdonado difícilmente comprenderá la grandeza de la misericordia divina.

Por eso, la predicación católica debe conservar el equilibrio entre la verdad y la misericordia.

No se puede hablar del amor de Dios ocultando la realidad del pecado, pero tampoco se puede anunciar el pecado sin mostrar el camino del perdón.

La Iglesia debe anunciar la verdad completa: el hombre es pecador, pero Dios lo ama; necesita convertirse, pero la gracia lo sostiene; ha sido herido por el pecado, pero Cristo ha vencido.

17. Cómo participar personalmente en la obra salvífica de Dios

La salvación es una iniciativa divina, pero no permanece como una realidad exterior a nuestra existencia.

Cada cristiano está llamado a responder personalmente a la gracia.

Esta respuesta no se reduce a momentos extraordinarios ni a experiencias religiosas intensas. Se construye mediante una vida cotidiana orientada hacia Dios.

Vivir en estado de gracia

El primer compromiso consiste en conservar y alimentar la vida sobrenatural recibida en el Bautismo.

Esto exige evitar el pecado, practicar las virtudes y acudir al sacramento de la Penitencia cuando sea necesario.

El cristiano no debe acostumbrarse a convivir tranquilamente con aquello que destruye su amistad con Dios.

La conversión no consiste en alcanzar una perfección inmediata, sino en mantener una disposición sincera a abandonar el pecado y crecer en santidad.

Alimentar la vida interior mediante la oración

La oración es indispensable para quien desea vivir unido a Cristo.

No consiste simplemente en repetir palabras, sino en establecer una relación filial con Dios.

La oración permite escuchar su Palabra, reconocer nuestras debilidades, agradecer sus dones y pedir la gracia necesaria para perseverar.

La tradición espiritual de la Iglesia recomienda la oración diaria, la meditación de la Sagrada Escritura, el rezo del Santo Rosario y la adoración eucarística.

La vida exterior del cristiano necesita estar sostenida por una vida interior auténtica.

Participar dignamente en la Santa Misa

La Eucaristía debe ocupar un lugar central en la existencia católica.

La participación en la Santa Misa dominical y en las fiestas de precepto constituye una obligación fundamental para los fieles, según las disposiciones de la Iglesia.

Pero no debemos contemplarla únicamente como una obligación.

Es el encuentro sacramental con el sacrificio de Cristo y con su presencia real.

Participar dignamente significa acudir con fe, atención, recogimiento y disposición interior, procurando vivir de acuerdo con aquello que celebramos.

Practicar la caridad en la vida familiar

La familia es uno de los ámbitos más importantes donde debe manifestarse la transformación que produce la gracia.

La paciencia con los hijos, la fidelidad matrimonial, el respeto entre esposos, el cuidado de los mayores y el perdón de las ofensas son expresiones concretas de la caridad cristiana.

No tendría sentido recibir los sacramentos y, al mismo tiempo, vivir habitualmente dominados por el egoísmo, la violencia verbal o la indiferencia hacia quienes tenemos más cerca.

La santidad no se demuestra únicamente en grandes acontecimientos, sino en la fidelidad de cada día.

Formarse en la doctrina católica

No podemos amar profundamente aquello que apenas conocemos.

La formación doctrinal permite comprender la obra salvífica, distinguir la verdad del error y vivir la fe con mayor madurez.

Leer el Catecismo de la Iglesia Católica, estudiar la Sagrada Escritura, conocer la vida de los santos y profundizar en los documentos del Magisterio son medios excelentes para crecer en la fe.

En una sociedad donde abundan las opiniones religiosas superficiales, el católico necesita una formación sólida que le permita comprender y explicar razonablemente aquello que cree.

Perseverar hasta el final

La vida cristiana es un camino de perseverancia.

No basta con haber recibido el Bautismo o haber experimentado una conversión en algún momento de nuestra existencia.

Debemos permanecer unidos a Cristo.

Jesús enseña:

«El que persevere hasta el final se salvará» (Mateo 24,13).

Esta perseverancia no es una confianza orgullosa en nuestras capacidades, sino una confianza humilde en la fidelidad de Dios.

Por eso, debemos pedir constantemente el don de la perseverancia final, permanecer atentos a la gracia y evitar cualquier presunción acerca de nuestra salvación.

La esperanza cristiana no es una seguridad superficial de que todo terminará bien independientemente de nuestra conducta.

Es la confianza de quien sabe que Dios es fiel, que su misericordia es inmensa y que nunca abandona a quien busca sinceramente su rostro.

18. La salvación no es solamente individual: estamos llamados a formar parte del Cuerpo de Cristo

Existe una dimensión de la obra salvífica que merece especial atención: Dios no quiere salvar al hombre como si fuese una criatura aislada de los demás.

La salvación tiene una dimensión personal, pero también comunitaria y eclesial.

Cristo funda una Iglesia, reúne a los creyentes y los incorpora a un mismo Cuerpo.

La fe católica rechaza tanto el individualismo espiritual como la idea de que la salvación pueda reducirse a la pertenencia exterior a una comunidad.

No basta con afirmar que somos cristianos porque hemos nacido en una familia católica o porque aparecemos inscritos en los registros parroquiales.

La vida sobrenatural exige una relación real con Dios, una fe viva y una disposición sincera a vivir según el Evangelio.

Pero tampoco podemos considerar la religión como una experiencia exclusivamente privada.

El cristiano está llamado a vivir en comunión, participar en la vida sacramental de la Iglesia y colaborar en la misión evangelizadora.

Esta dimensión comunitaria se manifiesta especialmente en la caridad.

San Juan escribe:

«Si alguno dice: “Amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso» (1 Juan 4,20).

La comunión con Dios transforma necesariamente nuestra relación con los demás.

Por eso, la obra salvífica produce frutos visibles: reconciliación, servicio, justicia, misericordia, defensa de la dignidad humana y búsqueda del bien común.

La Iglesia no puede limitarse a anunciar una salvación futura olvidando las necesidades reales del hombre presente.

Pero tampoco puede sustituir el anuncio de la vida eterna por un proyecto exclusivamente social.

Su misión consiste en conducir al hombre a Cristo, fuente de toda verdadera renovación.

Conclusión: Dios ha abierto el camino, pero el hombre debe responder a su amor

La obra salvífica de Dios es el gran hilo conductor de toda la historia de la humanidad.

Desde la creación hasta la consumación de los tiempos, todo el designio divino está orientado hacia una misma finalidad: conducir al hombre a la comunión eterna con su Creador.

El pecado introdujo una ruptura, pero Dios prometió la salvación. Abraham recibió una alianza, Israel fue liberado de Egipto, los profetas anunciaron una nueva alianza y el Mesías fue esperado durante generaciones.

Finalmente, el Verbo se hizo carne.

Jesucristo vivió entre nosotros, anunció el Reino, entregó su vida en la Cruz, resucitó gloriosamente y ascendió al cielo. Envió al Espíritu Santo y confió a la Iglesia la misión de

anunciar y comunicar los frutos de su Redención.

Mediante los sacramentos, la gracia transforma nuestras almas y nos hace participar de la vida divina. La fe nos abre a este don, la caridad manifiesta su autenticidad y la esperanza nos orienta hacia la vida eterna.

Toda esta historia revela una verdad que nunca debemos olvidar: Dios ha hecho por el hombre aquello que el hombre jamás habría podido hacer por sí mismo.

No podemos borrar nuestro pecado mediante nuestras propias fuerzas. No podemos conquistar la vida eterna con nuestros méritos naturales. No podemos vencer definitivamente la muerte mediante el progreso humano.

Necesitamos un Salvador.

Y ese Salvador es Jesucristo.

Por eso, la respuesta cristiana no puede ser la indiferencia, la tibieza ni una religiosidad reducida a costumbres exteriores.

Si Cristo ha entregado su vida por nosotros, nuestra existencia no puede permanecer ajena a ese sacrificio.

Estamos llamados a vivir en gracia, a abandonar el pecado, a amar a Dios sobre todas las cosas, a recibir los sacramentos, a practicar la caridad y a perseverar en la fe.

La salvación es un regalo, pero no un regalo que debamos despreciar. Es una llamada a una vida nueva, una invitación a caminar hacia la santidad y una promesa que supera infinitamente cualquier esperanza terrena.

En medio de las incertidumbres del mundo, el cristiano puede vivir con una certeza profunda: la historia no está abandonada al azar, el pecado no tiene la última palabra y la muerte no constituye el destino definitivo de quienes permanecen unidos a Cristo.

La última palabra pertenece a Dios. Y la última palabra de Dios sobre la humanidad es una llamada a la vida, a la comunión y al amor eterno.

«Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí» (Juan 14,6).

En estas palabras de Nuestro Señor se encuentra el corazón de toda la obra salvífica: Dios ha

venido a buscarnos, nos ha abierto el camino de regreso y nos invita a permanecer para siempre con Él.

Fuentes doctrinales y referencias para profundizar

Sagrada Escritura

- Génesis 1-3: creación, dignidad humana y pecado original.
- Génesis 12,1-3: llamada y promesa a Abraham.
- Éxodo 3: liberación de Israel.
- 2 Samuel 7,12-16: alianza con David.
- Isaías 9,1-6: anuncio del Mesías.
- Jeremías 31,31-34: promesa de la nueva alianza.
- Ezequiel 36,24-28: renovación del corazón.
- Juan 1,1-18: el Verbo encarnado.
- Juan 3,1-21: nacimiento por el agua y el Espíritu.
- Juan 6,22-59: el Pan de Vida.
- Juan 14-17: promesas de Cristo y del Espíritu Santo.
- Romanos 5,12-21: Adán y Cristo.
- 1 Corintios 15: Resurrección y esperanza cristiana.
- Efesios 2,1-10: salvación por gracia.
- 2 Pedro 1,3-11: participación en la naturaleza divina.
- Apocalipsis 21-22: consumación de la historia de la salvación.

Catecismo de la Iglesia Católica

- 1: finalidad de la creación y llamada del hombre a la bienaventuranza.
- 50-73: la Revelación divina.
- 355-421: el hombre, la caída y el pecado original.
- 456-483: la Encarnación.
- 599-618: la muerte redentora de Cristo.
- 638-658: la Resurrección.
- 659-667: la Ascensión.
- 683-747: el Espíritu Santo.
- 748-975: la Iglesia.
- 976-987: la remisión de los pecados.
- 1113-1134: los sacramentos.
- 1213-1284: el Bautismo.

- 1322-1419: la Eucaristía.
- 1422-1498: la Penitencia.
- 1987-2029: la gracia y la justificación.
- 1020-1060: la vida eterna y los novísimos.

Documentos del Magisterio

- Concilio de Nicea (325): confesión de la divinidad del Hijo.
- Concilio de Calcedonia (451): doctrina de las dos naturalezas de Cristo.
- Concilio de Trento, Decreto sobre la justificación (1547).
- Concilio de Trento, Doctrina sobre el Santísimo Sacrificio de la Misa (1562).
- Concilio Vaticano II, constitución dogmática Lumen gentium (1964).
- Concilio Vaticano II, constitución pastoral Gaudium et spes (1965).
- Concilio Vaticano II, decreto Ad gentes (1965).

Padres de la Iglesia y grandes teólogos

- San Ireneo de Lyon, Contra las herejías.
- San Atanasio de Alejandría, Sobre la Encarnación del Verbo.
- San Agustín, Confesiones y La ciudad de Dios.
- San Anselmo de Canterbury, Cur Deus Homo.
- Santo Tomás de Aquino, Suma Teológica, especialmente las cuestiones relativas a la Encarnación, la Pasión y la gracia.